

Queda camino!

Los comentarios sobre las "humanidades numéricas" suelen subrayar con entusiasmo grandes aportes en tres campos: la puesta a disposición de fuentes y bibliografía; la difusión de los resultados; el manejo, por fin posible, de herramientas analíticas antes fuera de nuestro alcance, fundamentalmente gráficas y cartográficas¹. Lo mismo hace el presente dossier.

Lejos de mí la idea de rechazar tales adelantos. Yo mismo me aprovecho de ellos y estoy por mi edad en inmejorable posición para medir hasta que punto potencian el trabajo del historiador. Incluso añadiré un punto pocas veces mencionado, aunque a mi juicio fundamental: la puesta a disposición de un inmenso saber local, que recogen bien empresas colaborativas como Wikipedia, bien publicaciones masivas de libros raros que ninguna editorial se atrevería a sacar en papel; bien contribuciones voluntarias de expertos que depositan su saber, el orgullo de su vida, en la Red sin preocuparse de encontrar antes un público interesado. Encontrar entre los recuerdos de un artesano, todavía vivo, del Sur de Francia lo que era esta "grana de Aviñón" (un tinte) que mencionaban inventarios del siglo XVIII y no figuraba en ningún diccionario técnico, me convenció más allá de toda duda.

Todo lo bueno tiene sus sombras. Conocemos los riesgos. No siempre se expresan con suficiente claridad.

La publicación en línea de los archivos vuelve difícil el contacto físico con los mismos. Consultamos lo que los archiveros tienen a bien comunicarnos. Con la tentación de seleccionar. No es una posibilidad meramente teórica: tal archivero de la inquisición de Cuenca había excluido de su catálogo los procesos por solicitud *in actu confessionis* que, a su juicio, desdoraban al clero. Peor, consultamos los que vamos buscando. Resulta sin embargo que algunas de las pocas ideas nuevas que me ocurrieron surgieron al hojear legajos llegados a mis manos por casualidad, dejándome llevar de la mano de Dios, en series poco consultadas - consecuentemente excluidas de la puesta en línea -, y del examen conjunto de muchos catálogos abiertos encima de mis mesa en Simancas o en el AHN. Divagaciones que la consulta en pantalla torna imposible.

Publicar en línea pone nuestros trabajos al alcance de todos. Enhorabuena! Hablemos claro, sin embargo: un lego no puede entender un debate entre historiadores. No medimos hasta que punto el discurso de un especialista va mediatizado por una inmensa sedimentación cognitiva previa. No se nos ocurriría explicar a un camionero como manejar su carro, porque no hemos acumulado este saber previo que torna instintivas las operaciones necesarias. Lo mismo un debate histórico. De ahí malentendidos a veces dramáticos. Que lo diga nuestro colega Pétré-Grenouilleau condenado a la vergüenza pública por recordar tres o cuatro cosas de todo historiador sabidas sobre la esclavitud.

No quiere decir ello que nuestras conclusiones, y más todavía nuestra aproximación a los problemas, basada en la puesta en contexto, en el aporte de elementos que la memoria, necesariamente selectiva, descarta, no tienen su lugar en el debate público. Más que de mis libros, más aún que los estudiantes que saque adelante, estoy orgulloso de mis contribución a la remodelación de la memoria histórica de España en la transición democrática, y del Congreso del Vaticano, en el que cuarenta historiadores explicamos con firmeza a la Curia que la Inquisición no había sido una imposición de los soberanos a Roma, sino a la inversa². Nunca olvidaré que un sacerdote tomó un día como tema de su sermón una larga entrevista de Jaime Contreras, entonces

1 Parmi beaucoup d'autres: Classen (Christoph), Kinnebrock (Susanne), Löblich (Maria), ed., "Towards Web History", *International Historical Social Research / Historische Sozialforschung*, 2012, vol. 37/4, n° 4, p. p. 97-190; Staley (David J.), *Computers, visualization and history. How new technology will transform our understanding of the past. Second edition*, New York, Sharpe, 2014 [c. 2004], XXII + 194 p.

2 Publié tardivement: Borromeo (Agostino), ed., *L'Inquisizione. Atti del Simposio internazionale Città del Vaticano, 29-31 ottobre 1998*, Città del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana, 2003, 790 p.

un joven doctorando, en *El País*³, ni este teólogo que me confesó que les estábamos obligando a revisar su eclesiología, ni las numerosas conferencias que tuve que improvisar en buses y trenes sobre acontecimientos de candente actualidad o recuerdos históricos relacionados con los lugares por donde estábamos pasando. Ay, la que oyeron los muros de la estación de Bailén! Semejante comunicación se tiene que hacer en un modo que no puede ser el del debate interno entre científicos. No estoy seguro, por ejemplo, que proporcionar un acceso ilimitado a informaciones de archivos cuyo carácter confidencial no reside sólo en su alejamiento físico, sino también en un alejamiento cognitivo de las coordenadas del saber ordinario, no encierre peligros. No se puede obviar. Pero nos impone, a nosotros historiadores, un deber urgente: proporcionar los elementos necesarios a su comprensión, y difundir de forma masiva, por los mismo canales, en todo tiempo y todo lugar, los principios en los que descansa nuestro acercamiento para una comprensión del pasado liberada de los movimientos más inmediatos de la memoria.

Graves preocupaciones éstas! Son poca cosa comparadas con otros pesares que a veces me desesperan. Casi hace medio siglo, Emmanuel Leroy Ladurie emitió su famoso dictamen sobre "el historiador, o programador o nada". Y desde entonces, casi nada. No se refería al acceso a la documentación, ni a la difusión de los resultados, por la sencilla razón que nadie entonces imaginaba lo que iba a ser la Red. Quería decir que el ordenador tenía que situarse en el centro mismo del proceso de producción de nuevos conocimientos por medio del análisis de los datos. Puedo decirlo con toda autoridad. Bebí mi saber informático de los labios de Michel Demonet, el ingeniero que hacía de enlace entre la máquina y él mismo. Michel es quien me enseñó a hablar Fortran. Algunos estábamos haciendo lo mismo entonces en Francia, entre ellos André Zysberg; un grupo algo más numeroso en Inglaterra, alrededor de la revista *History and Computing*. Algunos nos lo tomamos en serio. Entendimos que el manejo de un ordenador - adrede huyo aquí de toda alusión a lo "numérico" - exigía un aprendizaje tan intenso y dedicado como el manejo de lo escrito o la conducción de un deportivo. Grande fue nuestra recompensa. Mi visión de la inquisición de Toledo se deriva de la reducción de siete mil procesos a siete mil objetos iguales compuestos cada uno de treinta dimensiones, cada una de ellas correspondiendo a una dimensión del análisis que planeaba llevar a cabo. De golpe, tuve de la misma una visión panorámica que nadie había tenido antes. Aquel día me tocó el ala de la felicidad absoluta.

¿Que tenemos a la vista hoy en día? Resultados en línea, sí; documentos en línea, sí. El situar la herramienta informática como pieza clave de la extracción de conocimientos nuevos a partir de los data, no. Nada, o casi nada. Se manejan herramientas de análisis. Se sacan curvas con Excel. Se hacen mapas - mejor dicho: encargamos mapas a ingenieros. Se dibujan diagramas de relaciones sociales con Pajek - pero Pajek es tan complejo que vamos buscando algo más sencillo, no tan poderoso, pero más sencillo. Siempre me dejan mal gusto de boca los encuentros y seminarios sobre "nuevas tecnologías" que me toca atender. El ver como a jóvenes doctorandos se les abre el paraíso ante una vulgar tabla dinámica, como se les viene una jaqueca ante la inmensa dificultad de traspasar datos de un paquete a otro por medio de un texto tabulado, cuando los veo sudar frente a hojas de cálculos de 300 columnas (sic, lo ví con mis ojos) porque se les explicó que Excel era la única base de datos a su alcance - Excel nunca fue ni pretendió ser una base de datos -, me remueve un furor sagrado. Hasta la puesta en línea de documentos padece, con demasiada frecuencia, de la ignorancia supina de sus autores en materia de proceso informático.

Todo ello porque se suele olvidar que entre la información y la herramienta analítica media la base de datos. Como lo dice su nombre, no se trata sólo de un tanque donde almacenar información, sino del lugar donde la información se transmuta en datos, en función del uso que de los mismos se pretende hacer. Datos, es decir un conjunto de unidades homogéneas, que cada una describe un individuo, objeto del proceso futuro, en forma de un conjunto de rasgos, que cada uno informa

3 "Análisis de una estadística de 50.000 sentencias de la Inquisición", *El País*, 1/11/1978 (http://elpais.com/diario/1978/11/01/cultura/278722801_850215.html, consulté le 8 mars 2017)

sobre una dimensión específica del objeto. Universo necesariamente complejo, que se corre la tentación de hacer más sencillo. Se pueden construir unidades masivas, en menor número, que no permiten un análisis automatizado eficaz, sino la creación de algunos subconjuntos, o sea un archivo manual algo mejorado, que hace más rápido un análisis intuitivo de tipo tradicional, ahorrando tiempo, sin más beneficio. Se puede simplificar el objeto al limitar el número de rasgos considerados a los que de antes se consideran más significativos, eliminando los demás. Con el peligro de descubrir al final que son importantes los rasgos que se seleccionaron al principio, en un círculo vicioso que no merece el nombre de investigación. El dato histórico tiene que tomar en cuenta toda la información que se puede alcanzar. Debe conformar cada dato el átomo que la máquina manejará para entregar conclusiones. Conclusiones que un operador habrá tenido que preparar al introducir en la máquina los parámetros adecuados, operador que tiene que ser el propio investigador, y nadie más, porque de los mismos depende directamente el resultado. La máquina es estúpida. No puede realizar sino un número sumamente limitado de operaciones (no lo digo yo, sino Turing, el padre de todos los ordenadores), operaciones que combinándose en algoritmos complejos llegan a resultados sumamente refinados. El problema está en que tales algoritmos, alguien los tiene que escribir. ¿Alguien? El historiador - véase arriba - en su doble competencia de historiador y de informático. O programador, o nada. Queda camino por recorrer.

La informática en sus usos científicos no se tornó más sencilla con el tiempo. Se crean cada día nuevos algoritmos, que son como otros tantos trajes de prêt-à-porter, buenos para llevar a cabo tareas predefinidas sobre objetos predefinidos. No para investigar. En la investigación no existen tareas predefinidas ni objetos predefinidos. Hasta los documentos que parecen mejor estructurados revelan, al examinarse con cuidado, una sorprendente variabilidad. Investigar es tantear, evaluar situaciones particulares, adaptar constantemente su conducta y su instrumento a condiciones cambiantes, huyendo de soluciones hechas. Difícil, sumamente difícil. De ahí el clamoroso silencio de quienes cantan los méritos de las humanidades numéricas sobre cuestiones tan fundamentales como la creación de bases de datos de investigación en el contexto revolucionario generado por la puesta a disposición de nuevos instrumentos, instrumentos que quedan consecuentemente infrautilizados⁴. El mal no atañe a las solas ciencias sociales. Algunos contactos tengo con físicos. No los aprovechan mejor. Como más, sociólogos y economistas procesan con tecnología nueva bases hechas como lo eran en la época del papel y del lapicero. Lo que no es lo que se pretendía al principio.

¿Que hacer? Un sola cosa veo: introducir la programación, la programación pura, fuera de todo contexto de especialización, en el cursus universitario, por lo menos, en un primer tiempo, para los estudiantes que quieren investigar; introducirla como materia no optativa, importante, no en forma de conferencias sobre lo digital, sino obligando a los estudiantes a un aprendizaje concreto, sostenido, continuado, que consistiría en transformar bloques de informaciones brutas en datos directamente aprovechables para conseguir un resultado planificado de antemano. Lo demás seguirá naturalmente. Equipado con los conocimientos básicos necesarios, entrenado en el modo de proceder, sobre todo, el investigador irá adaptando lo sabido a los aspectos específicos de su campo de actividad.

Jean Pierre Dedieu
CNRS (emérito) / Framespa Toulouse / IAO Lyon

⁴ Par exemple: Burdick (Anne), Drucker (Johanna), Lunefeld (Peter), Presner (Todd), Schapp (Jeffrey), *Digital humanities*, Cambridge (Massachusetts), Massachusetts Institute of Technology, 2012, 141 p.